

tura que no cesaba de atormentarme; pero me arrojé en las orillas con mis dos criados y el dragoman del monasterio. Habiendo olvidado llevar una *Biblia*, no pudimos recitar los pasajes del Evangelio relativos al lugar donde nos hallábamos; pero el dragoman que conocia las costumbres recibidas, salmodió el *Ave, maris stella*, al que respondimos como unos marineros que terminan su viaje: el señor de Joinville no era más hábil que nosotros. Tomé luego en un vaso de cuero agua del río, que no me pareció tan dulce como el azúcar, como dice un buen misionero, sino que me pareció por el contrario un poco salobre; pero aunque bebí gran cantidad, no me causó ningún daño; creo que sería muy agradable si estuviese libre de la arena que arrastra.

Ali-Agá hizo algunas abluciones, pues el Jordan es un río sagrado para los turcos y los árabes, que conservan muchas tradiciones hebreas y cristianas: unas derivadas de Ismael, cuyos árabes habitan todavía el país, y otras introducidas entre los turcos á través de las fábulas del Alcoran.

Segun d' Anville, los árabes dan al Jordan el nombre de *Nar-el-Arden*; segun el padre Rogerio, le llaman *Nahar-el-Chiria*. El abate Mariti hace tomar á este nombre la forma italiana de *Scheria*, y Mr. de Volney escribe *El-Charia*.

San Gerónimo, en su tratado de *Situ et Nominibus locorum Hebraicorum*, especie de traduccion de los *Tópicos* de Eusebio, halla el nombre del Jordan en la reunion de los nombres de los dos manantiales *Jor y Dan*, de este río; pero en otra parte cambia de opinion; otros la rechazan, fundándose en la autoridad de Josefo, Plinio y Eusebio; que colocan el único manantial del Jordan en Paneades al pié del monte Hemon en el Anti-Líbano. La Roque trata á fondo esta cuestion en su *Viaje á Siria*; el abate Mariti se ha limitado á copiarlo, citando además un pasaje de Guillermo de Tiro, para probar que Dan y Paneades eran la misma ciudad: esto es lo que se sabia. Es preciso observar con Reland (*Palestina ex monumentis veteribus illustrata*), contra la opinion de San Gerónimo, que el nombre del río sagrado no es en hebreo *Jordan*, sino *Jorden*; que, aun admitiendo el primer modo de leer, se explica *Jordan* por *rio del Juicio*; *Jor*, que San Gerónimo traduce por *fluvius*, y *Dan*, por *judicans, sive judicium*: etimología tan exacta, que basta para hacer improbable la opinion de las dos fuentes *Jor y Dan*, si por otra parte la Geografía dejase alguna duda sobre este particular.

Descubrí, como á dos leguas del lugar donde estábamos parados, en la corriente superior del río un bosquecillo de vasta estension. Quise visitarlo, porque calculé que á escasa distancia de allí estaba Jericó; que por aquel lugar pasaron el río los israelitas; que cesó de caer el maná; que probaron los hebreos los primeros frutos de la Tierra-Prometida; que fue curado Naaman de la lepra; y por último, que Jesucristo recibió el bautismo de mano de San Juan Bautista. Marchamos hácia allí durante algun tiempo; pero al acercarnos, oímos voces humanas en el bosquecillo. Por desgracia esta voz, que tranquiliza en todas partes al viajero, y que tan agradable sería oír en las orillas del Jordan, es precisamente lo que alarma en estos desiertos. Los belemitas y el dragoman quisieron alejarse sin demora; pero les declaré que no habia llegado tan lejos para volverme tan pronto; que accedia á no pasar adelante, pero que queria tornar á ver el río, en frente del lugar en donde nos hallábamos.

La comitiva se avino, aunque con disgusto, á mi declaracion, y volvimos al Jordan, alejado entonces de nosotros por medio de un rodeo hácia la derecha. Encontré en él la misma anchura y la misma profundidad, que una legua mas abajo; es decir, seis ó siete piés de profundidad en la orilla, y aproximadamente cincuenta de anchura.

Los guias me importunaban para que partiese, y el mismo Ali-Agá murmuraba. Despues de tomar las notas que me parecieron mas importantes, cedi al deseo de la caravana; saludé por última vez al Jordan, y tomé una botella de su agua y algunas cañas de sus orillas. Empezamos á alejarnos para llegar á la aldea de Rihha, la antigua Jericó, al pié de la montaña de Judea. Apenas habiamos andado un cuarto de legua en el valle, descubrimos muchas huellas de hombres y de caballos. Ali propuso estrechar nuestra comitiva, para impedir que los árabes nos contasen, y añadió: «Si pueden tomarnos, por nuestro orden y nuestros vestidos por soldados cristianos, no se atreverán á atacarnos.» ¡Qué elogio del valor de los ejércitos europeos!

Nuestras sospechas eran fundadas, pues no tardamos en descubrir á nuestra espalda, á orillas del Jordan, una caterva como de treinta árabes que nos observaban. Hicimos marchar adelante nuestra *infanteria*, esto es, nuestros seis belemitas, y cubrimos su retirada con nuestra *caballeria*, y pusimos nuestros *bagajes* en el centro; pero por desgracia el asno que los llevaba era reacio, y solo adelantaba á fuerza de golpes. El caballo del dragoman metió un pié en un avispero y las avispas se arrojaron sobre él; y el pobre Miguel, llevado por su caballo, prorumpia en dolorosos gritos; Juan, aunque griego, se mostraba sereno; y Ali era valiente como un genizaro de Mahomet II. Por lo que respecta á Julian, este nunca se mostraba sorprendido: el mundo habia pasado á sus ojos, sin que él le hubiese dirigido una mirada; creíase siempre en la calle de San Honorato, y me decia con la mayor serenidad, llevando su caballo al paso: «¡ Señor!—¿Acaso no hay en este país policia para reprimir á estas gentes?»

Despues de habernos mirado durante largo rato, los árabes hicieron un movimiento hácia nosotros; pero volvieron á los matorrales que ciñen el río, con no pequeña sorpresa nuestra. Ali tenia razon: sin duda nos tomaron por soldados cristianos. Así, pues, llegamos á Jericó sin el menor accidente.

El abate Mariti ha recopilado muy bien los hechos históricos relativos á esta célebre ciudad, no obstante haber olvidado algunos, como el donativo hecho por Antonio á Cleopatra del territorio de Jericó, etc. Ha hablado tambien de las producciones de Jericó, del modo de extraer el aceite de saccon, etc.; seria, por consiguiente ocioso repetirlo, á no hacer, como tantos otros, un Viaje con Viajes. Sabido es tambien que las inmediaciones de Jericó tienen un manantial, cuyas aguas, amargas en otro tiempo, tornáronse en dulces por un milagro de Eliseo. Este manantial está situado á dos millas de la ciudad, al pié de la montaña donde Jesucristo oró y ayunó cuarenta dias. Divídese en dos brazos, y en sus orillas se ven algunos campos de acacias, del árbol que produce el bálsamo de Judea, y de arbustos semejantes á las lilas por su hoja, pero cuya flor no he visto. No hay en Jericó palmeras, ni rosas, y no he podido comer los *nicolai* de Augusto; estos dátiles estaban muy degenerados en tiempo de Belon. Una añosa acacia cubre el manantial; otro árbol se inclina un poco mas sobre el arroyo que sale de este, y forma sobre el arroyo un puente natural.

He dicho que Ali-Agá habia nacido en Rihha (Jericó), cuyo gobernador era. Condújome á sus Estados, donde yo no podia dejar de ser bien recibido por sus vasallos, que en efecto acudieron á cumplimentar á su soberano. Este quiso hacerme entrar en un vetusto zaquizamí, que él llamaba pomposamente su *palacio*; no admití este honor, pues preferí comer en las orillas del manantial de Eliseo, denominado actualmente *Manantial del Rey*. Al atravesar la poblacion, vimos á un jóven árabe, sentado á parte con la cabeza adornada de plumas, y vestido como en un día solemne. Todos los que pasaban por delante de él, se detenian

para besarle la frente y mejillas; me dijeron que era un recién-casado. Nos detuvimos en el manantial de Eliseo; se degolló un cordero, y se le puso á asar entero en una gran hoguera á la orilla del agua; cuando el festin estuvo preparado, nos sentamos al rededor de una fuente de madera, y cada uno destrozó con las manos una parte de la victima.

Es grato descubrir en estos usos algunos vestigios de las costumbres antiguas, y encontrar entre los descendientes de Ismael los recuerdos de Abraham y de Jacob.

Los árabes, en todas partes donde los he visto, en Judea, en Egipto, y aun en Berberia, me han parecido de estatura mas bien alta que pequeña; su continente es altivo; son bien formados y ligeros; tienen la cabeza aovada, la frente alta y arqueada, la nariz aguileña, los ojos rasgados, la mirada humilde y en estremo dulce; nada revelaria en ellos al salvaje, si tuviesen siempre la boca cerrada; pero desde el momento en que hablan, se oye un lenguaje áspero y rudamente aspirado, y se ven unos dientes de destlustradora blancura, como los de los chacales y las onzas; diferéncianse en esto del salvaje americano, cuya fiereza está en la mirada, y la espresion humana en la boca.

Las mujeres árabes tienen la estatura proporcionalmente mas alta que la de los hombres. Su aspecto es noble, y recuerdan un poco las estatuas de las sacerdotisas y de las Musas, por la regularidad de sus facciones, la hermosura de sus formas y la colocacion de sus velos. Esto debe entenderse con limitacion, porque estas hermosas estatuas están por lo regular cubiertas con harapos; el aire de miseria, desalino y padecimiento degrada estas formas tan puras; una tez cobriza oculta la regularidad de sus facciones; en una palabra, para ver á estas mujeres cual acabo de pintarlas, es preciso contemplarlas á cierta distancia, y limitándose al conjunto, prescindir de los pormenores.

La mayor parte de los árabes llevan una túnica ceñida al talle con un cinturón. Ya sacan un brazo de las mangas de esta túnica, y están entonces vestidos á la usanza antigua; ya se envuelven en un ropon de lana blanca, que les sirve de toga, de manto ó de velo, segun que se lo arrojan al rededor, lo cuelgan de sus hombros ó lo colocan sobre su cabeza. Caminan descalzos y armados de un puñal, de una lanza, ó de un largo fusil. Las tribus viajan en caravanas, y los camellos marchan en fila. El camello que va al frente está sujeto con una cuerda de borra de palmera al cuello de un asno, que es el conductor de la comitiva, y que como jefe está exento de todo cargamento y goza de diferentes privilegios; los camellos de las tribus ricas van adornados de festones, banderolas y vistosas plumas.

Las yeguas son tratadas con mas ó menos honores, segun la nobleza de su raza, pero siempre con estremado rigor. No se pone á los caballos á la sombra, sino que se les deja espuestos á todo el rigor del sol, atados en el suelo á unas estacas por sus cuatro piés, de modo que se les reduce á la inmovilidad; nunca se les quita la silla; por lo regular no beben sino una sola vez, y no comen sino un poco de cebada cada veinte y cuatro horas. Tan rudo trato, lejos de estenuarlos, les da sobriedad, paciencia y ligereza. He admirado muchas veces un caballo árabe, encadenado de esta manera en la abrasada arena, con las crines colgantes y esparcidas, oculta la cabeza entre las piernas para hallar un poco de sombra, y dirigiendo con ojo salvaje una oblicua mirada á su dueño. Pero no bien siete libras sus piés, y oprimido por este su lomo, *espuma, se estremece, devora la tierra; si la trompeta suena, dice: ¡ Marcha! y reconoceis al punto el caballo de Job: Fervens et fremens sorbet terram; ubi audierit buccinam, dicit: ¡ Yah!*

Todo lo que se dice de la pasion de los árabes por los cuentos, es cierto, y voy á citar un ejemplo: du-

rante la noche que acabábamos de pasar en las playas del mar Muerto, nuestros belemitas estaban sentados al rededor de su hoguera, con los fusiles en tierra á su lado; y los caballos, atados á las estacas, formaban un segundo círculo exterior. Despues de haber bebido el café, y hablado mucho, estos árabes enmudecieron, á escepcion del sheik. Yo veia al resplandor del fuego sus espresivos ademanes, sus blancos dientes, y las diversas formas que daba á su vestido al proseguir su relato. Sus compañeros le escuchaban con profunda atencion, inclinados hácia delante, con los rostros inmediatos á la llama, ya exhalando un grito de admiracion, ya repitiendo enfáticamente los ademanes del narrador; algunas cabezas de caballos que se adelantaban sobre la comitiva y se destacaban en la oscuridad, acababan de dar á este cuadro el carácter mas pintoresco, sobre todo cuando se le unia un paisaje del mar Muerto y de las montañas de Judea.

Si habia estudiado con tanto interés, en las orillas de sus lagos, las hordas americanas, ¡cuán diferente especie de salvajes contemplaba allí! Tenia á la vista los descendientes de la raza primitiva de los hombres; los veia con las mismas costumbres que han conservado desde los dias de Agar y de Ismael; los hallaba en el mismo desierto que les fue dado en herencia por Dios: *Moratus est in solitudine, habitavitque in deserto Pharan*; los encontraba en el valle del Jordan, al pié de las montañas de Samaria, en los caminos de Hebron, en los lugares donde la voz de Josué detuvo el sol, en los campos de Gomorra, que aun humean á la cólera de Jehová, y que luego fueron consolados por las misericordiosas maravillas de Jesucristo.

Lo que especialmente distingue á los árabes de los pueblos del Nuevo-Mundo, es que á través de la rudeza de los primeros, se advierte, no obstante, cierta delicadeza en sus costumbres; conócese que han nacido en ese Oriente, cuna de todas las artes, de todas las ciencias, de todas las religiones. Oculto en los confines del Occidente, en una region separada del universo, el canadiense habita unos valles sombreados por bosques eternos, y regados por rios inmensos; el árabe, lanzado, por decirlo así, al camino real del mundo, entre el Africa y el Asia, vaga en las brillantes regiones de la aurora, sobre un suelo sin árboles y sin agua. Entre las tribus de los descendientes de Ismael, necesitanseamos, esclavos, animales domésticos y una libertad sujeta á leyes. Entre las hordas americanas, el hombre vive aun enteramente solo con su bárbara y cruel independencia; en lugar del ropon de lana, cúbrese con la piel del oso; en vez de la lanza, maneja la flecha, y prefiere al puñal la pesada maza; no conoce, y los despreciaria, el dátil, la sandía y la leche de la hembra del camello; quiere adornar sus festines con carne y sangre. No ha tejido el pelo de cabra, para ponerse al abrigo debajo de sus tiendas, pues el olmo decrépito presta la corteza á su choza. No ha domado el caballo, para seguir la pista á la gacela, sino que la aprisiona, venciéndola en la carrera. No desciende de grandes naciones civilizadas; los nombres de sus antepasados no están escritos en los fastos de los imperios, pues los contemporáneos de sus abuelos son las añosas encinas que aun subsisten en pié. Monumentos de la naturaleza, que no de la historia, los sepulcros de sus padres descuelan ignorados en ignorados bosques. En una palabra, todo anuncia en el americano el salvaje que no ha llegado todavía al estado de civilizacion, mientras todo indica en el árabe el hombre civilizado que ha vuelto al estado salvaje.

Nos alejamos del manantial de Eliseo el 6, á las tres de la tarde, para volver á Jerusalén, y dejamos á la derecha el monte de la *Cuarentena*, que domina á Jericó, precisamente en frente del monte Abarim, desde donde Moisés vió antes de morir, la tierra de Promision. Al entrar de nuevo en la montaña de Ju-

dea, vimos los restos de un acueducto romano. El abate Mariti, acosado por el recuerdo de los frailes, dice también que este acueducto perteneció á una antigua comunidad, ó que sirvió para regar las tierras inmediatas, cuando en la llanura de Jericó se cultivaba la caña de azúcar. Si la mera vista de la obra no bastase para destruir esta absurda opinion, podría consultarse á Adricomio (*Theatrum Terræ Sanctæ*), la *Elucidatio historica Terræ-Santæ* de Cuaresmio, y la mayor parte de los ya citados viajeros. El camino que seguíamos en la montaña era ancho, y á trechos empedrado; acaso era una antigua vía romana. Pasamos al pie de una montaña coronada en otro tiempo con un castillo gótico, que protegía y cerraba el camino. Pasada esta montaña, bajamos á un negro y profundo valle, llamado en hebreo *Adommin*, ó el lugar de la sangre. Allí había una pequeña ciudad de la tribu de Judá; y en ese solitario lugar fue donde el Samaritano socorrió al viajero herido. Allí encontramos la caballería del pachá, que iba á hacer al otro lado del Jordan la expedición de que hablaré mas adelante. Por fortuna, la noche nos ocultó á la vista de aquella soldadesca.

Pasamos á Bahurim, donde David, que huía de Absalon, estuvo próximo á ser apedreado por Semei. Un poco mas allá, nos apeamos en la fuente donde Jesucristo acostumbraba descansar con sus Apóstoles, cuando volvía de Jericó. Empezamos á subir la espalda del Monte Olivete, y atravesamos á Betania, donde se enseñan las ruinas de la casa de Marta y el sepulcro de Lázaro. Luego bajamos del citado monte, que domina á Jerusalén, y pasamos el torrente Cedron en el valle de Josafat. Un sendero que rodea el templo y se eleva por el monte Sion, nos guió á la puerta de los Peregrinos, dando la vuelta entera á la ciudad. Eran las doce de la noche. Allí-Agá se hizo abrir; los seis árabes volvieron á Belém, y entramos en el convento. Mil siniestros rumores habian circulado respecto de nosotros, pues se decía que habíamos sido muertos por los árabes ó por la caballería del pachá, y se me acriminaba por haber emprendido este viaje con una escolta tan débil; rasgo de imprudencia, decían, propio del carácter francés. Los acontecimientos posteriores probaron, no obstante, que si no hubiese adoptado aquel partido y aprovechado las primeras horas de mi estancia en Jerusalén, nunca hubiera podido llegar al Jordan.

CUARTA PARTE.

VIAJE Á JERUSALÉM.

Ocupéme durante algunas horas en trazar con un lápiz notas relativas á los lugares que acababa de visitar, método que seguí todo el tiempo que estuve en Jerusalén, recorriéndola durante el día y escribiendo de noche. El padre procurador entró en mi aposento en la madrugada del 7 de octubre, y me refirió el desenlace de la contienda entre el pachá y el padre guardián. Convínimos, pues, en lo que debíamos hacer. Envióronse mis firmanes á Abdallah. Este se arrebató, gritó, amenazó y concluyó exigiendo á los frailes una cantidad un poco menor. Siento no poder publicar la copia de una carta escrita por el padre Buenaventura de Nola al general Sebastiani, por no permitírmelo la ausencia de este.

Necesitábase todo el deseo que tenía de ser útil á los religiosos de Tierra-Santa, para ocuparme de cosas ajenas al Santo Sepulcro. El mismo día, á las nueve de la mañana, salí del convento, acompañado de dos religiosos, de un dragoman, de mi criado y un genízaro, y me dirigí á pie á la iglesia que encierra el sepulcro de Jesucristo.

Todos los viajeros han descrito esta iglesia, la mas

digna de respeto en toda la tierra, ya se piense filosófica, ya cristianamente. Aquí me asalta una verdadera dificultad. ¿Debo presentar la pintura exacta de los Santos Lugares? En este caso, no puedo menos de repetir lo que ya se ha dicho, pues acaso no hay un asunto menos conocido de los lectores modernos, y no obstante, ninguno está mas completamente agotado. ¿Debo omitir esta pintura? Pero ¿no sería esto suprimir la parte mas esencial de mi viaje, haciendo desaparecer lo que constituye su fin y objeto? Despues de haber titubeado mucho tiempo, me he determinado á describir las principales estaciones de Jerusalén, cediendo á las consideraciones siguientes:

1.º Nadie lee en la actualidad las antiguas peregrinaciones á Jerusalén; y lo que es muy viejo parecerá probablemente del todo nuevo á la mayor parte de los lectores.

2.º La iglesia del Santo Sepulcro no existe ya, pues ha sido incendiada enteramente desde mi vuelta de Judea; soy, por decirlo así, el último viajero que la ha visto, y por esta razon será su último historiador.

Mas, como no aspiro á mejorar un cuadro bien hecho, me aprovecharé de los trabajos de los que me han precedido, limitándome á adornarlos con algunas observaciones.

Entre estos trabajos hubiera preferido los de los viajeros protestantes, á causa del espíritu del siglo; pues nos inclinamos en la actualidad ó rechazar lo que creemos procedente de un origen demasiado religioso. Pero por desgracia, nada satisfactorio he hallado acerca del Santo Sepulcro en Pooke, Shaw, Maundrell, Hasselquist y algunos otros.

Despues de muchas reflexiones, me ha parecido que Deshayes, enviado en 1624 á Palestina, merece que se tome en cuenta su narración.

1.º Porque los turcos se complacieron en enseñar Jerusalén á este embajador, que hubiera entrado hasta en la mezquita del templo si hubiese querido.

2.º Porque es tan claro y exacto en el estilo un poco anticuado de su secretario, que Pablo Lucas le ha copiado testualmente, sin dar noticia del plagio, segun su costumbre.

3.º Porque d' Anville (y esta es la causa principal), tomó la carta de Deshayes por objeto de una disertación, que tal vez es la obra maestra de nuestro célebre geógrafo. Deshayes nos dará, pues, el material de la iglesia del Santo Sepulcro, y luego añadiré mis propias observaciones.

«El Santo Sepulcro y la mayor parte de los Santos-Lugares están servidos por frailes franciscanos, que se renuevan de tres en tres años; y aunque los hay de todas las naciones, todos, no obstante, pasan por franceses ó venecianos, y no subsisten sino porque están bajo la protección del rey. Há cerca de sesenta años que viven fuera de la ciudad, en el monte Sion, en el mismo lugar donde Jesucristo celebró la Cena con sus Apóstoles; pero habiendo sido su iglesia convertida en mezquita, han permanecido siempre despues en la ciudad, en el monte Giron, donde está su convento, llamado *San Salvador*, y donde el guardián reside con la comunidad, que provee de religiosos á todos los lugares de Tierra-Santa, donde es preciso que los haya.

«La iglesia del Santo Sepulcro dista doscientos pasos de este convento. Comprende el Santo Sepulcro, el monte Calvario y otros muchos lugares santos. Santa Elena hizo construir una parte de ella para cubrir el Santo Sepulcro; pero los príncipes cristianos que la sucedieron, la hicieron ensanchar para comprender el monte Calvario, que solo dista cincuenta pasos del Santo Sepulcro.

«Antiguamente el monte Calvario estaba estramuros, como ya he dicho; era el lugar donde se ejecutaba á los sentenciados; y, para que todo el pueblo pudiese asistir á la ejecución, había una gran plaza entre el

monte y la muralla de la ciudad. El resto del monte estaba rodeado de jardines, uno de los cuales pertenecía á José de Arimatea, discípulo secreto de Jesucristo, donde había mandado hacer un sepulcro para este, donde en efecto fue enterrado. Los judíos no acostumbraban dar sepultura á los cadáveres como lo hacen los cristianos. Cada uno hacía practicar, segun sus medios, en algun peñasco una especie de pequeño gabinete donde se colocaba el cadáver; y despues se cerraba este lugar con una piedra que se colocaba delante de la puerta, que por lo regular tenía cuatro piés de altura.

«La iglesia del Santo Sepulcro es muy irregular, porque su recinto se ha adaptado á los lugares que se quería encerrar en él. Tiene casi la forma de cruz; su longitud es de ciento veinte pasos, sin contar la bajada de la Invencción de la santa Cruz, y setenta de ancho. Adórnanla tres cúpulas, de los cuales la que cubre el Santo Sepulcro sirve de nave á la iglesia; su diámetro son treinta pasos, y tiene una abertura en su parte superior, como la Rotonda de Roma. Es verdad que no tiene bóveda, pues la techumbre está sostenida tan solo por unas grandes vigas de cedro, traídas del monte Líbano. En otro tiempo se entraba en esta iglesia por tres puertas, pero actualmente solo tiene una, cuyas llaves guardan los turcos, con suma vigilancia, por temor de que los peregrinos entren sin pagar los nueve sequines, ó treinta y seis libras que se les exigen; hablo de los peregrinos que vienen de la cristiandad, porque los cristianos vasallos del Gran-Señor solo pagan la mitad. Esta puerta está siempre cerrada, y solo tiene una ventanilla atravesada por una barra de hierro, por donde los de afuera dan víveres á los de dentro, quienes pertenecen á ocho diferentes naciones.

«La primera es la de los latinos ó romanos, representados por los frailes franciscanos, que guardan el Sepulcro; el lugar del Calvario donde Nuestro Señor fue clavado en la cruz; el lugar donde esta fue hallada; la piedra de la *unción*, y la capilla donde Jesucristo se apareció á la Virgen, despues de su resurrección.

«La segunda nacion es la de los griegos, que poseen el coro de la iglesia, donde ofician, y en el centro del cual hay un pequeño círculo de mármol, cuyo centro crean ser el de la tierra.

«La tercera nacion es la de los abisinios; estos tienen la capilla donde está la columna del *Improprio*.

«La cuarta nacion es la de los coftos, que son los cristianos de Egipto; tienen un pequeño oratorio inmediato al Santo Sepulcro.

«La quinta es la de los armenios; estos tienen la capilla de Santa Helena, y aquella donde fueron divididas y sorteadas la vestidura de Nuestro Señor.

«La sexta nacion es la de los nestorianos ó jacobitas, oriundos de la Caldea y la Siria; tienen una capillita próxima al lugar donde Nuestro Señor se apareció á la Magdalena, llamada por esta razon *Capilla de la Magdalena*.

«La séptima nacion es la de los georgianos, que habitan entre el mar Mayor y el mar Caspio; tienen el lugar del monte Calvario donde fue levantada la Cruz, y el encierro donde permaneció Nuestro Señor, mientras se hacía el agujero para colocarla.

«La octava nacion es la de los maronitas, que habitan el monte Líbano, y reconocen al papa, como nosotros.»

«Cada nacion tiene, además de los lugares que todos los que están dentro pueden visitar, algun lugar particular en las bóvedas y ángulos de esta iglesia, que le sirve de retiro, y donde celebra el Oficio segun su respectivo rito; porque los sacerdotes y frailes que entran allí permanecen por lo regular dos meses sin salir hasta que se envían otros que les reemplazan del convento que tienen en la ciudad. Es difícil permanecer allí algun tiempo sin caer enfermo, porque el ambiente es escaso, y las bóvedas y paredes despiden una

frescura bastante insalubre; sin embargo, hallamos un buen ermitaño franciscano, que había vivido veinte años sin salir, aunque su trabajo era tan ímprobo, que tenía que cuidar de doscientas lámparas, y limpiar y adornar todos aquellos santos lugares, no pudiendo descansar mas que cuatro horas diarias.

«Al entrar en la iglesia se halla la piedra de la *unción*, en la que fue ungido con mirra é incienso el cuerpo de Nuestro Señor Jesucristo, antes de ser depositado en el sepulcro. Algunos dicen que es de la misma piedra del Calvario, y otros aseguran que fue llevada á aquel lugar por José y Nicodemus, discípulos secretos de Jesucristo, que le tributaron este piadoso servicio. Sea de esto lo que fuere, ha sido preciso cubrirlo con mármol blanco, á causa de la indiscreta devoción de algunos peregrinos que la rompian, rodeándola además de una balaustrada de hierro para evitar que se la pise. Tiene ocho piés menos tres pulgadas de largo, y dos piés menos una pulgada de ancho, y sobre ella arden continuamente ocho lámparas.

«El Santo Sepulcro está á treinta pasos de esta piedra, exactamente en el centro de la gran cúpula de que he hablado; es de la figura de un pequeño gabinete practicado en una peña viva, con la punta de un cincel. La puerta que mira á Oriente tiene cuatro piés de altura y dos y cuarto de ancho, de modo que es preciso bajarse mucho para penetrar por ella. El interior del Sepulcro es casi cuadrado. Tiene seis piés menos una pulgada de largo, y seis menos dos pulgadas de ancho; y desde la base hasta la bóveda, ocho piés y una pulgada. Hay una especie de recodo sólido, de la misma piedra, que se dejó al labrar la roca: tiene dos piés y cuatro pulgadas y media de alto, y contiene la mitad del Sepulcro, porque tiene seis piés menos una pulgada de largo y dos piés, con dos tercias y medio de ancho. Sobre este recodo ó mesa fue colocado el cuerpo de Nuestro Señor, con la cabeza vuelta hácia el Occidente y los piés hácia el Oriente; pero á causa de la supersticiosa devoción de los orientales, que creen que dejando sus cabellos sobre esta piedra, Dios no les abandonará jamás; y tambien porque los peregrinos arrancaban pedazos, ha sido preciso cubrirla con mármol blanco, sobre el que se celebra actualmente la misa; cuarenta y cuatro lámparas alumbran continuamente este santo lugar; y el humo sale por tres agujeros, abiertos en la bóveda. La parte exterior del Sepulcro está tambien cubierto de mármol y de muchas columnas, que sostienen una cúpula.

«A la entrada de la puerta del Sepulcro hay una piedra de pié y medio en cuadro, y de un pié de espesor, perteneciente á la misma peña, la que servía de apoyo á la gruesa piedra que cerraba la puerta del Sepulcro; sobre esta piedra estaba el Angel, cuando habló á las Marías; y tanto por este misterio, cuanto por no entrar desde luego en el Santo Sepulcro, los primeros cristianos construyeron delante una pequeña capilla, llamada la *Capilla del Angel*.

«A doce pasos del Santo Sepulcro, dirigiéndose al Septentrion, encuéntrase una gran piedra de mármol gris, que tiene cerca de cuatro piés de diámetro; y ha sido colocada allí para señalar el lugar donde Nuestro Señor se apareció á la Magdalena en forma de jardinero.

«Mas adelante está la capilla de la Aparición, en la cual, segun dice la tradición, Nuestro Señor se apareció primero á la Virgen, despues de su resurrección. En este lugar celebran los oficios divinos los frailes franciscanos, y á él se retiran; porque desde aquí entran en unos aposentos que no tienen salida sino por esta capilla.

«Siguiendo la vuelta de la iglesia, hállase una capillita abovedada que tiene siete piés de largo y seis de ancho, llamada en otro tiempo la *Prisión de Nuestro Señor*, porque estuvo en este lugar mientras se hacía el agujero para clavar la Cruz. Esta capilla está en la